



VIOLETAS CORTADAS

Antonio Navarro Barriga

VIOLETAS CORTADAS



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Navarro Barriga

© Diseño de cubierta: Alejandro Navarro Muriana

ISBN: 979-13-87814-02-1

ISBN digital: 979-13-87814-03-8

Depósito legal: M-9531-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

En recuerdo de Natalia Ballesteros Domínguez

*A María – Irene – Katya
y
Ana Seoane*

Algo bueno algo malo

Durante algunos años trabajé como enfermera en una residencia de mayores. Cuando entré por primera vez a aquel edificio, hubo algunas cosas que llamaron mi atención, algunas de ellas las iré relatando en las páginas que siguen, de otras tal vez no hable. En el pequeño jardín, que suspira satisfecho al suroeste, crece, sin alardes, un macizo de violetas. La belleza de una flor tan diminuta me impresionó. Poco a poco, y de la mano de algunos acontecimientos, las violetas, en aquel contexto, significaron algo más que belleza.

No es fácil gestionar tantas heridas y frustraciones como el vivir provoca, nos cuesta comprenderlo, sobre todo cuando somos jóvenes. Concedemos el título de héroe sin saber qué es la heroicidad, paso a paso voy descubriendo quienes son héroes y quienes no. En la residencia conocía hombres y mujeres que jamás recibieron nada a cambio del esfuerzo realizado, quizá porque no se ajustaron a la norma imperante o, porque la sencillez no despierta pasiones. La realidad nos muestra vidas frustradas frente a otras coronadas de gloria pese a no merecerlo. Las segundas se exhiben impúdicas, casi siempre.

Soy una mujer, tan egoísta y tan generosa como cualquiera otra, asumo mis errores y celebro mis aciertos. En mi primera juventud, exacerbé las pequeñas cosas e ignoré lo fundamen-

tal, y cuando creí estar en el mejor momento de mi vida la tierra se abrió ante mí, y, por más que agité las alas, aterricé en el fondo de un pozo. La situación era grave, me dije que no afectaría a mi trabajo, que no me rendiría, pero no siempre logramos lo que nos proponemos. Opté por colocarme una máscara y aparentar que todo iba bien, la verdad es que todo iba peor.

Mis demonios internos peleaban a muerte entre sí, pero, con una estúpida sonrisa pretendía ocultarlo. «Con esfuerzo se puede conseguir», pensaba. Absurdo. El sentimiento de ruina anidó en mí de tal manera que acabé identificándome con los residentes, un desastre teniendo en cuenta que yo estaba en la primavera de la vida y ellos al final del otoño. Mis temores se mezclaron con los suyos y caí en el desconcierto, me decía a diario que el trabajo lo había elegido yo, que yo era la enfermera y ellos los pacientes, lo repetía una y otra vez, como si fuera una oración, pero era inútil, todo se me iba de las manos, me daba cuenta de que mis desajustes emocionales me estaban jugando una mala pasada, lo que necesitaba era cambiar la trayectoria, saltar sobre la tragedia y hacerle frente a la vida, pero no sabía cómo conseguirlo.

Los mayores a los que atendía eran, casi todos, padres y madres, para la mayoría de ellos los hijos ya no tenían tiempo, así que mientras esperaban ponían todas las esperanzas en nosotras. Según pasaba el tiempo y mi situación personal empeoraba, el compromiso fue un peso insoportable, me quedé sin energía mientras aparentaba lo imposible. Las debilidades humanas no nos permiten ser siempre y a todas horas eso que nos gustaría ser.

Hasta entonces había procurado calmar sus dolores, justificar sus fallos de memoria. Hacía cuanto podía para que

no sintieran miedo por lo que les estaba pasando. Luego me convertí en algo parecido a un robot, no sabía dónde había dejado las sonrisas y palabras afectuosas. Me sentía en deuda con ellos y la culpa añadía más presión.

La vida es generosa con unos y cruel con otros, la desgracia gira como atraída por una fuerza superior y, cuando se te engancha no hay manera de alejarla, a veces se nos atrofian las alas y por más que lo intentemos no remontamos el vuelo. Mi vida se descompuso una mañana en la consulta de un hospital. Hacía ocho años que Joan y yo vivíamos juntos, éramos felices, lo fuimos hasta que llegó el diagnóstico. Nos rompimos de dolor y miedo, lo que el doctor nos estaba diciendo era que la enfermedad había permanecido sigilosa y ya era demasiado tarde. Perdería al hombre al que amaba y tal vez no le había dado todo lo que merecía.

El amor que nos unió era sincero, sin locas fantasías que nos alejaran de lo posible, nos amábamos tal y como éramos, jóvenes, ingenuos, soñadores, aunque asentados en la realidad. Imperfectos y felices. Poco podíamos imaginar lo que nos aguardaba, supongo que nadie espera que le ocurra algo así, creíamos que nos tocaba disfrutar de la vida, nada más, hasta que nos dimos de bruces con la realidad.

Joan tenía cáncer, la enfermedad había avanzado en silencio hasta invadir su cuerpo, era irreversible. Nos miramos muertos de pánico, nos abrazamos con un sentimiento de penumbra, rompimos a llorar y, no nos dimos cuenta, pero el médico tampoco pudo contener las lágrimas. Salimos de la consulta perdidos. Caminamos en silencio, con el alma rota y una nube negra que nos desplazaba como motas de polvo.

Unas horas después, cuando el llanto había agotado todas las reservas, comencé a fingir una entereza inexistente, fingía

ante Joan y también en el trabajo. Vivía en una disociación absoluta, el cuerpo en un lugar y la mente en otro, me costaba horrores controlarme, no quería que nadie me compadeciera, pero sentía un deseo voraz de ser abrazada, de que me sostuvieran para no caerme. Juré que haría frente a la situación, que entregaría a Joan la fortaleza que necesitara; «soy fuerte», me dije. No, no era verdad, me equivoqué, en eso y en otras muchas cosas. Tenía un conflicto conmigo misma y comencé a actuar de un modo torpe, iba y venía del pasado al futuro sin encontrar espacio para el presente.

En medio de aquel torbellino surgió, como un antídoto, el recuerdo de la infancia. Mi abuela, mi muñeca de hojas de mazorca, mi familia, mi mundo perfecto que jamás existió. Acabé idealizando todo lo que ya no tenía.

De niña sufría cuando se burlaban de mi muñeca *Boíta*, pobre de mí, no era más que una muñeca de hojas de mazorca, aunque significaba mucho más, me la regaló mi abuela, la hizo ella con sus manos reumáticas, fue una prueba de amor. Aós más tarde en toda reunión familiar había un momento *Boíta*. Mi inocencia hacía que me tomara muy en serio los comentarios absurdos con los que denigraban a mi muñeca. Así huían de la nostalgia, puede que así expresaran el cariño por lo que habían dejado atrás, yo solo veía desprecio. Me encerraba en mi cuarto a llorar.

«¡Ay, no seas boba! Nos hace gracia recordarlo, no era más que un puñado de hojas de mazorca, no tenía ningún valor aquella muñeca», me decían para consolarme.

Cómo podían decirme que no tenía valor algo que había hecho mi abuela para mí. Me irritaban sus comentarios, tenía que hacer un esfuerzo enorme para contener las ganas de romper las cosas que ellos apreciaban, el deseo de venganza se erguía con

fuerza. Luego crecí y aquello pasó a ser un recuerdo incómodo, llegué a la conclusión de que, a veces, necesitamos negar la verdad para que no nos duela. Éramos muy pobres, la muñeca de mazorca era la prueba del pecado, mi familia vivía la pobreza con un sentimiento de culpa inaceptable.

Creo que no me equivoco al decir que, en nuestra sociedad ser pobre se identifica con la incapacidad para lograr el éxito, renegamos de la pobreza como si fuera un error del que tuviéramos que avergonzarnos. Me pregunto qué sentido tiene sentir vergüenza por algo que no depende de nosotros, son otros los que hacen el reparto, otros los que la perpetúan imponiendo normas y leyes que nos impiden superarla, otros quienes nos aturden con el mensaje: sí quieres, puedes. Interiorizamos la idea de que si fracasamos es porque no somos lo bastante inteligentes y trabajadores. Estoy convencida de que es una idea tan absurda como cruel. El fracaso es solo un error en la estrategia o en el objetivo, el triunfo no tiene por qué ser el enriquecimiento material, sin embargo, eso es lo que nos inculcan desde que nacemos. Los pobres somos pobres por algo diferente y ajeno a nuestras capacidades.

Nunca dejé de pensar en esto, necesitaba comprender a mis padres y a mis tíos, llegué a la conclusión, acertada o no, de que negar tan humilde procedencia es negarnos a nosotros mismos, somos lo que somos porque fuimos, lo que seremos está por venir. Pero el poder maneja muy bien los hilos, organiza una sociedad que anhela vivir en la parte superior de la pirámide como única posibilidad de ser feliz, nos invitan a subir, los primeros peldaños son relativamente fáciles de alcanzar: un trabajo, un sueldo, un cargo, un complemento, y escapas del grupo de abajo para formar parte de algo poco definido, «clase media» lo llaman algunos, a partir de ahí cada

vez es más complicado subir al siguiente nivel, porque quienes ocupan la parte más alta establecen las normas que han de cumplir los aspirantes, y solo ellos tienen la llave y abrirán la puerta o no, según convenga.

Es una maquinaria bien engrasada, cuando subimos un peldaño comenzamos a ver a los que hay más abajo como inferiores, y seguimos mirando hacia arriba soñando que un día alcanzaremos la cima. No somos conscientes de que nos traicionamos a nosotros mismos, nos da miedo pertenecer al ejército de los fracasados. ¡Pobres ignorantes!, convertidos, a nuestro pesar, en piezas de la máquina que provoca el fracaso.

Me duele reconocerlo, pero no dudo de que ese fuera el motivo por el que mi familia, ridiculizó, hasta el empacho, a mi muñeca de hojas de mazorca, y, a través de ella, a mi abuela y a sí mismos, así era como lo sentía. Éramos emigrantes y pobres, llegué a pensar que mis cosas no tenían valor, yo, tampoco.

Ser o desear

Nací en Chile, mi familia y yo llegamos a España cuando tenía ocho años, empecé el curso escolar apenas dos meses después, las niñas se reían al oírme hablar, me hacían preguntas sin sentido para burlarse de la respuesta que pudiera dar, la risa estaba activada antes que la escucha, con el tiempo comprendí que todo aquello era fruto de los prejuicios. Los humanos tendemos a menospreciar al diferente. Remo, con el que años después compartí trabajo y amistad, me lo confirmó, los dos habíamos sido objeto de burla: yo por mi ingenuidad y él por tener una sensibilidad que se suponía poco apropiada para un varón.

Remo no solo tuvo que soportar la crueldad de los compañeros, también algunos profesores lo convirtieron en blanco de sus propios complejos, lo que acabó por desequilibrarlo. Era un chico inteligente, pero no pudo soportar la presión y abandonó los estudios. Cuando nos conocimos andábamos cada uno en sus tragedias, aturdidos por los fracasos, amarrados por nuestros fantasmas. El día que hablamos de los desengaños e incertidumbres, nos hicimos más fuertes.

—Mi abuela vive allá, mi abuelo ya murió, ellos repartieron el corazón entre sus hijos —les decía a mis compañeras de colegio, provocando la hilaridad.

—¿Repartieron el corazón? Eso no puede ser —decían las más listas.

—Sí, para ellos sí, porque son los más buenos del mundo —afirmaba yo.

Las niñas estaban convencidas, a pesar de su corta edad, de vivir en un mundo que iba por delante, me miraban como a una criatura extraña, poco civilizada, procedente de una tierra en la que nos regíamos por costumbres ancestrales.

Éramos pobres, sí, tal vez muy pobres, sin embargo, no tuve conciencia de la escasez hasta que conocí la abundancia. Por fortuna, incluso entonces, el recuerdo de mi abuela actuaba como una barrera protectora frente a la avaricia, ella me daba tanto amor que no necesitaba nada más. Fui una niña feliz, compartíamos lo poco que teníamos y nunca nos sentimos desgraciados, las desgracias no eran cosa nuestra, sino impuestas. Con el tiempo y el espíritu de la Europa, cada vez menos humanitaria, los valores degeneraron.

—Quiero volver a casa, mami.

—Esta es ahora nuestra casa.

Aquella respuesta no la comprendía porque nunca me habían preguntado si quería cambiar de país, claro que, era demasiado pequeña y la opinión de los niños no cuenta en esos casos, en otros tampoco. Los niños son la pieza perfecta para remedar las frustraciones y los sueños no alcanzados por los adultos. La tierra está llena de niños que vienen y van cargados con los sueños de sus progenitores.

Cada vez que me enfadaba, o algo me asustaba, repetía la cancioncilla que me enseñó mi abuela: «Caballito blanco, sácame de aquí, llévame al pueblo donde yo nací». Echaba de menos mi humilde casa de Chile, me daba miedo vivir en un piso y extrañaba el cariño y la protección de la abuela. ¿Qué haría cuando Joan no estuviera? «Caballito blanco, sácame de aquí, llévame al pueblo donde yo nací».

Pasó el tiempo y dejé de ser la niña ingenua y asustadiza. Un día me di cuenta de que me sentía barcelonesa de pleno derecho, me gustan las grandes avenidas, coger el metro, ir a la playa o perderme por el barrio gótico. Para muchas personas nunca dejé de ser emigrante, y al parecer, una amenaza. Al llegar a la adolescencia, mi carácter se volvió más complicado, como sucede con la mayoría de adolescentes era protestona, crítica y caprichosa; a mi favor tenía el ser buena estudiante, lo único que me salvaba, según mis padres. Nunca más pedí regresar a Chile, comprendí que mis padres no emigraron por placer, sino para buscar mejor vida, incluso, para conservarla. Así que me dispuse a colaborar con ellos, hacía todo lo posible para que sintieran que habían alcanzado el sueño que los alejó de su tierra.

Nunca he dejado de preguntarme cómo serían los años de soledad de la abuela, que, después de tanto esfuerzo para sacar adelante a su familia, se quedó sola en su pueblito chileno. ¡Ay, abuela, qué difícil es ser mujer! Al abuelo Damián le habían quitado la vida junto a un grupo de campesinos con los que trabajaba, nunca supieron quién disparó porque había preguntas que no se podían hacer. A mis tíos se los llevaron los paramilitares poco después, pero tampoco eso podían decirlo. El sufrimiento de la abuela debió ser infinito con la pérdida de sus seres más queridos. A veces me pregunto cómo se puede seguir viviendo cuando la muerte se te lleva el corazón. Primero desaparecieron Catalina y Martín, eran mellizos, los detuvieron tras una protesta. Un grupo de colaboradores del dictador, armados hasta los dientes, los obligaron a subir a una camioneta, nunca más se supo. Mis tíos eran muy jóvenes, no habían cumplido veinte años, algunos vecinos, escondidos

tras las puertas, los vieron partir maniatados, hacinados como ganado. Sabían desde el primer momento que serían torturados y asesinados. Y así fue, los metieron en un campo de fútbol convertido en matadero, allí retuvieron a miles de hombres y mujeres por expreso deseo de los nuevos gobernantes y los hicieron desaparecer, necesitaban silenciar las protestas contra las injusticias. Mi padre decía que en poco tiempo crecieron los gusanos, años más tarde supe que se refería a los partidarios de Pinochet, los que ejercieron de chivatos y verdugos con el afán de disfrutar de algunos privilegios. Muchos chilenos escaparon a otros países huyendo de la represión, otros permanecieron escondidos durante años. Miles de hombres y mujeres fueron retenidos, ajusticiados y sepultados en el mar. ¿El dictador? Bien, gracias. Vivió diecisiete años vomitando su odio sobre el pueblo chileno.

La abuela Lucía aconsejaba, a los dos hijos que le quedaban vivos, que se fueran lejos, que emigraran a un país en el que vivir resultara un poco más fácil, prefería tenerlos lejos antes que verlos morir o desaparecer. España era un buen lugar, era la patria de sus antepasados, por qué no intentarlo.

Mi madre y mi tío trataron de convencerla para que viajara con ellos, pero se negó, decía que no podía iniciar una vida en ningún otro lugar, cuatro hijos y el marido estaban sepultados en Chile. Apenas le quedaba tiempo para llorarlos, así que se quedó con la soledad y el dolor. Ese pasaje de la historia familiar lo conocí estando ya en el instituto, el amor y la admiración que sentía por mi abuela creció hasta el infinito.

Nunca pude olvidar el día que embarcamos rumbo a España, la abuela se quedó con todo el dolor que cabe en la cordillera de la Concepción, sentada delante de su humilde casa, mirando sin apenas ver las montañas ni el océano por donde

se alejaban sus hijos y nietos, esforzándose por comprender por qué la desposeían de lo que más amaba, pero nadie, y menos aún el dictador, le daría nunca una explicación.

Los años pasaron deprisa en Barcelona, una ciudad en la que parece sobrar de todo menos tiempo. Me hice mayor, el recuerdo de *Boíta* o de cualquier otra cosa del pasado me provocaba emociones cada vez menos intensas. Pronto comprendí que no es necesario un océano para enterrar el pasado, que el tiempo se ahoga a sí mismo y solo algunos momentos sobreviven. Sin embargo, para mis padres ocurrió todo lo contrario, lejos de olvidar, cada día que pasaba añoraban más su tierra.

La alegría de los primeros años en España fue un espejismo para ellos, los recuerdo alrededor de la mesa, felices mientras criticaban todo lo que allá estaba mal y alabando todo a este lado. Así fue mientras estuvieron entretenidos descubriendo los entresijos de un modo de vida muy diferente al suyo, dejando que la fantasía volara sin rumbo, convencidos de que alcanzarían la gloria el día que tuvieran coche y algún que otro electrodoméstico. Pero el gran sueño comenzó a desvanecerse cuando consiguieron aquellos aparatos tan deseados. La vida se les malició, compartir piso entre hermanos dejó de parecerles buena idea. Algo había cambiado, que si el espacio, que si la intimidad... cosas que hasta entonces no fueron importantes, se hicieron imprescindibles. Mis tíos se mudaron a otro piso, una realidad diferente comenzó a abrirse paso, sin saber cómo, la idea de felicidad se trastocó, se dieron cuenta de que seguían siendo pobres y extranjeros, aunque rodeados de cosas materiales que pagaban a base de hacer horas extras en el trabajo, de robarle tiempo a la familia, de poner distancia emocional entre sí.

La vida se había convertido en un puzle de imposible reconstrucción, se sentían fugitivos huyendo del recuerdo de la tierra que amaban, esclavos de un modo de vida materialista y, con frecuencia, carente de sentido. Tenían mejor vida, tal vez sí, pero trabajaban y trabajaban para pagar cosas que en la sencillez del pueblo hubieran considerado superfluas. Hacían un enorme esfuerzo y pese a ello estaban siempre en el mismo punto. Decepcionados, convirtieron el lugar en el que habían nacido en el paraíso del que fueron expulsados, como Adán y Eva. La añoranza encogió sus corazones.

Unos años después el objetivo era regresar, recuperar una vida allá donde, el autoproclamado salvador de la patria, asesinaba a su pueblo. El dictador no prohibió comer la manzana, sino todos los frutos que crecían en el árbol de la justicia y la libertad. «¿Cuántos dictadores nos quedarán aún por vencer?», me pregunto.

Mis padres y mis tíos calmaban la nostalgia recordando viejas historias, y escuchando las canciones de Víctor Jara, su música era como un bálsamo que apaciguaba el dolor. Una y otra vez sonaba en el radiocasete, comprado en un bazar del puerto, la melodía dulce y rasgada, las palabras encadenadas para romper grilletes, los versos que sanaban las heridas del alma y aligeraban el peso de la distancia. «Que el canto tiene sentido cuando palpita en las venas del que va a morir cantando verdades verdaderas...». Con aquellas notas crecían las emociones, también el deseo de cruzar el océano para dar forma a los sueños de un pueblo en busca de libertad. «Te recuerdo, Amanda, la calle mojada corriendo a la fábrica donde trabajaba Manuel. La sonrisa ancha, la lluvia en el pelo, ibas a encontrarte con él, con él...». A veces no podían contener las lágrimas.

Creo que cerraban los ojos para no ver otra cosa que no fuera la tierra dejada atrás. Para mí era cada vez más difícil compartir aquellos sentimientos, crecía mirándolo todo con ojos de luna llena para empaparme y sentir que formaba parte de otra realidad. No tardaron mucho en aparecer los reproches mutuos, del mismo modo que yo no comprendía su añoranza, mis padres no soportaban mi manifiesto desapego a nuestro pueblo.

—No os dais cuenta de que soy de aquí —les decía una y otra vez.

—Esta no es nuestra tierra, algún día volveremos a nuestra casa.

—A vuestra casa... La mía está aquí.

—No digas tonterías, tú eres de allá.

—No pienso irme, no contéis conmigo.

—¿Te quedarás sola o nos obligarás a permanecer aquí?

—Lo que queráis, pero tampoco entiendo qué tenéis que hacer allí —la mía era una respuesta demasiado simple, lo comprendí más tarde, no podía imaginar lo duro que puede ser no sentirte parte del mundo que habitas.

—La abuela está viejita y no tiene a nadie más que a nosotros.

—Traedla, aquí estará mejor.

—Estás loca, hija —la abuela no era el único motivo por el que deseaban regresar.

Yo no podía pensar en Chile como mis padres lo hacían, para mí solo era una tierra vivida a través de los recuerdos de otros, sentía mucho afecto por la abuela, pero solo pensar en dejar Barcelona para ir a otro lugar, me angustiaba. Les dejé claro que la decisión era suya, que tenían que hacer lo que creyeran conveniente, que yo ya estaba donde quería estar. A

pesar de todo, intenté hacerme a la idea de cuán duro debió ser salir de su tierra por la persecución política. Yo no fui consciente de la represión, me protegía la inocencia.

Ahora pienso que, llegado el momento, todos los hijos queremos abandonar la casa de nuestros padres, otra cosa distinta es que nos obliguen a dejarla. Debe ser difícil encajar el rechazo, así se sentían mis padres, abandonados. Yo no alcanzaba a comprender a través de qué mecanismo convertían a la tierra que los había acogido, recién liberada de su dictador, en una madrastra incapaz de satisfacer sus necesidades. Pasaría mucho tiempo antes de que fuera capaz de darme cuenta de que las cosas son más complejas de lo que en ocasiones nos puedan parecer.

Añorar no es malo

Mis padres no sabían qué hacer con la angustia que le provocaba pensar que morirían en una tierra extraña, necesitaban recuperar su casa, sus paisajes, su tierra, sus costumbres, su vida. La nostalgia fue creciendo hasta convertirse en una obsesión, solo pensaban en regresar, en envejecer en el lugar en el que habían nacido, y llegué a sentirme culpable de su exilio. Mis primos regresaron contentos en cuanto se lo propusieron, yo, sencillamente, no podía, estaba muy ilusionada con mi futuro como mujer libre en la ciudad que había hecho mía.

Durante algún tiempo nada cambió, mis padres permanecían aferrados a sus recuerdos y las ganas de volver aumentaban día a día, por más que les dijera que su actitud no era la más inteligente, que estarían mejor si aceptaban que este era su país ahora, fue imposible.

—Id vosotros, yo estaré bien aquí.

—No podemos dejarte sola, ¿no lo comprendes? Tú eres todo lo que tenemos.

—No, tenéis vuestra propia vida, vuestros sueños, no es necesario más sacrificio por mí.

—Lo comprenderás cuando seas madre, cuándo tengas tus hijitos.

Y allí comenzó una guerra fratricida entre partidarios y destructores de la maternidad, o sea, entre yo y los demás. Los hi-

jos como tema fundamental de la vida. Hablaban tantas veces y con tanta seguridad de mi futura maternidad, que comencé a perder la paciencia. Tenía dieciocho años y ningún deseo de ser madre, solo pensarlo me parecía un disparate.

—¿Por qué tengo que parir y criar niños?

—Y qué otra cosa vas a hacer, mi hijita, es lo que Dios ha querido para nosotras.

—¿Qué tiene que ver Dios en esto?

—Eres una mujer, te casarás y tendrás hijos, aunque ahora te parezca algo lejano, llegará antes de lo que piensas.

—Ser madre es una posibilidad entre muchas, no es la única.

—Esa cabecita llena de pájaros...

Mi madre lo decía con una sonrisa que me dejaba descompuesta, en ocasiones sonreía y callaba, «para qué darle importancia», me decía, y esa actitud mía alentaba la fantasía de verme rodeada de hijos. Mis padres no llevaron bien el haber tenido una única hija, creo que soñaban con media docena de nietos. Angustiada por la presión que sentía, respondía del modo más frío y contundente posible, ellos lo interpretaban como una muestra de inmadurez, «cambiarás con el tiempo», decían. Que yo fuera madre era su proyecto a corto plazo, dieron por hecho que, al terminar los estudios de enfermería, regresaríamos los tres a Chile, que encontraría un buen marido, tendría hijos y todo estaría donde tenía que estar.

Quizá era el miedo a quedarse sin patria, a no ser de ningún lugar, lo que los empujaba a aferrarse a las tradiciones. Se imaginaban el futuro unido al pasado, como si la transición entre esos dos momentos no significara nada.

Para mí, los apegos y desapegos estaban repartidos entre dos mundos, el de los recuerdos transferidos y el vivido en primera persona. En el mundo que yo habitaba, descubría a diario infi-

nitos caminos que deseaba recorrer. ¿Soy de aquí o soy de allí? ¿Pertenezco a un lugar de la tierra o a ninguno? Solo encontré una respuesta: quiero ser de todos al mismo tiempo y poder elegir dónde vivo. Otras veces tuve la sensación de estar anclada en medio de un puente por el que circulaban verdades y mentiras sin reconocerse, mirando a ambos lados y alimentando sueños para superar fronteras y desgarros.

Como suele suceder, la vida, con sus inapelables certezas, me hizo madurar. Poco después de iniciado el segundo año de enfermería conocí a Pau, un estudiante de medicina, militante de izquierdas que, como muchos jóvenes de aquella época, defendía que el momento de la liberación del ser humano había llegado. Decía que no bastaba con elegir a los gobernantes, que era necesario un sistema nuevo en el que todos los hombres —y, al decir hombres incluía también a las mujeres, con lo que enervaba a las más concienciadas—, tuvieran los mismos derechos. Su familia acomodada y conservadora, se reía del discurso furibundo de Pau, la misma familia que, nada más verme, reconocieron mis buenos modales, algo que, según ellos, para ser una sirvienta era de admirar. Nadie está libre de prejuicios.

Yo creí estar ante un libertador y me enamoré como una boba, proclamaba orgullosa que él era mi primer y único amor. El primero, el que cala en lo más profundo y puede volverte loca, tan loca como para mezclar la vida y la muerte, donde la vida es el tormento que te aparta de la verdadera felicidad, y para mí la felicidad era Pau, pensar en perderlo era la muerte, si era necesario morir, moriría como prueba definitiva de amor excelso. Morir de amor como Romeo y Julieta o los amantes de Teruel, claro que en mi caso hubiera muerto yo sola. No tardé mucho en rechazar semejante idea, luego pensé

que el enamoramiento es una forma de locura, y el amor otra cosa.

Remo me contó que tenía quince años cuando descubrió el amor, el primer amor, el primer desengaño y el primer indicio de que su vida podía ser un auténtico desastre. Se asustó cuando se dio cuenta de que era diferente, por qué, se preguntaba angustiado, de qué manera se defendería de quienes no aceptaban el error, y el error no era él, sino los prejuicios, cómo asumir que tenía derecho a ser, cómo aprender a que no le doliera la sonrisa malintencionada, la burla, el desprecio, la necesidad de humillarlo que sentían los otros. A Remo le exigían que convenciera a los demás de que su amor era tan válido como cualquier otro. Qué absurdo tener que explicar por qué sientes lo que sientes. Remo se quebró, la angustia creció, y fue tanta, que buscó una salida a través de la muerte, llegó a decir que quería liberar a sus padres de la vergüenza de tener un hijo equivocado. ¿Era el amor quien lo invitaba a encontrarse con la muerte? No, claro que no, qué clase de amor sería ese.

En el servicio de urgencias del hospital, mientras miraba a la muerte de soslayo, sus padres lloraban aterrorizados, se preguntaban qué habían hecho mal, y una enfermera respondió:

«Ustedes no han hecho nada mal, tienen un hijo con la capacidad de sentir amor, no importa por quién, es amor, y ustedes lo ayudarán si anteponen su amor a todo lo demás», la puerta hacia un mundo mejor se abrió con aquellas sencillas palabras.

Y del mismo modo, a medida que el cáncer se apoderaba de la vida de Joan, amor y muerte volvían a estar unidos, la angustia crecía cada vez que me preguntaba qué muestras de

amor le había dado, no sé qué sentido de culpa se me enredó, lo amaba, sin lugar a dudas, pero me exigía a mí misma demostrar que mi amor era incondicional. Comencé a pensar que no lo había amado tanto como merecía, entré en un bucle en el que pasado y presente luchaban por ocupar mi mente de un modo anárquico, negando cualquier espacio, por escaso que fuera, al futuro.

Joan me esperaba todos los días negando el dolor para que yo no sufriera, flotaba en sus ojos el pesimismo y en sus palabras la necesidad de una ilusión. No pudo seguir trabajando, le dieron la baja médica, creo que él también se sentía culpable de haber enfermado, qué locura. Nuestra economía entró en una fase crítica, el suyo era un contrato de servicios. «No importa, saldremos adelante con mi sueldo», le decía.

Casi sin darme cuenta hice mío su deseo y lo elevé a la categoría de obligación. Cuando lo abrazaba y sentía su debilidad, me decía que todo era un mal sueño del que pronto despertaríamos, pero no, pasaban los días y todo iba a peor.

Entonces conocí a Livia, entonces, los fantasmas olvidaron las cadenas, se hicieron menos crueles y con agónicos cuchillos cortaron el aire sin herirlo, los pulmones se me llenaron de calma y se abrieron veredas de indefinidos márgenes por las que pude avanzar.

Livia me ayudó a aceptarme con mis virtudes y defectos, aprendí que la vida tiene mil caras distintas y ninguna nos es ajena. Me invitó a caminar juntas, y juntas alimentamos la ilusión de dejar atrás la encrucijada en la que se enredan pasado y futuro, nos dimos la mano, y, a pesar de la incertidumbre, avanzamos decididas hacia un mañana desconocido. Casi sin darnos cuenta acompasamos ritmos imposibles. Ella, huyendo del pasado, miraba a un futuro que no tenía. Yo, huyendo

del presente, miraba al pasado para no ver el futuro.

Livia vivía sola en medio del desconcierto, se esforzaba por salir del bucle de quejas y añoranzas en el que había caído. No fue fácil conseguirlo, los recuerdos se obstinaban en rebuscar, una y otra vez, entre las horas amargas, como si fuera la única opción posible, siempre luchó para que no le cortaran las alas, para preservar los momentos felices. La pasión que le corría por las venas fue su tragedia y su salvación.

El penúltimo capítulo de su vida empezó casi de madrugada, sombra y luz como metáfora del momento emocional y cognitivo en el que se encontraba. Presenció el asesinato de una mujer, una desconocida, y le afectó como si hubieran asesinado una parte de sí misma, y no pudo evitar que un oscuro presagio se aposentara en su mente, vivía agotada por la carencia de afecto y exceso de soledad, todo para ella pendía de un hilo extremadamente frágil.

«La muerte prematura es una de las mayores anomalías de la vida», dijo.

Estuve de acuerdo con ella, no tendría que morir una persona que empieza a vivir, es antinatural, la muerte a edad avanzada nos conecta con la naturaleza, podemos asumirla porque estamos programados para ello. Livia no temía a la propia muerte, sabía y aceptaba que el momento llegaría, lo que temía era que la sorprendiera estando sola. La madrugada en la que asesinaron a aquella mujer tuvo una visión tenebrosa: su cuerpo inane en mitad de la nada.

Aunque ningún momento es bueno para ser testigo de un crimen, no siempre somos igual de vulnerables, la fragilidad se apoderó de Livia, el miedo le hizo perder la calma, y sintió la urgencia de tener alguien a su lado para no morir sola. Durante días vivió aterrada, la indecisión frente a las distin-

tas opciones la asfixiaba. Sin embargo, nunca se había dejado amedrentar, repasó el tiempo pasado y descubrió que aún le quedaba valor, recuperó el ánimo, y tomó una decisión. El ánimo puede ser un ave de altos vuelos o un gusano famélico arrastrándose por el fango.

Livia robaba energía al universo para sostenerse, era como esos viejos árboles que otoño tras otoño se le agrieta la corteza y nos hacen pensar que será el último, sin embargo, cuando llega la primavera brotan de nuevo con fuerza y ofrecen sus ramas frondosas para que aniden infinitas las esperanzas. Ella imploraba que la decadencia no dominara la última etapa de su vida, «concédeme ese favor», decía mirando al cielo. Las noches eran cada vez más largas y las madrugadas más perezosas. No es fácil acercarse al final cuando el deseo de vivir permanece intacto.

Vivía frente al Turó Parc, desde su casa observaba, por entre las copas de los árboles, el trasiego de las personas por los caminos breves y redundantes, la quietud de los asientos cargados de soledades y deseos inconfesables, el hartazgo de las rosas compitiendo entre sí por la belleza efímera. A su lado las madres hablan de los hijos hasta olvidarse de sí mismas.

«La maternidad puede ser un desgarrar del alma cosido con besos y lágrimas», decía Livia.

La suya fue una vida apasionante, un desafío al ser o no ser, de qué ser y cómo ser. Si el carácter fuera materia física, el suyo sería de acero, aun así, el dolor añejo lo llevaba grabado en la mirada.

Defendía su intimidad con uñas y dientes, cerraba la puerta a cal y canto a los curiosos, y cuando las heridas comenzaban a sangrar, bella y serena, se retiraba a su habitación para buscar apoyo en la voz candorosa de María Callas. Sin testigos, solo ella y los recuerdos.

«El uso de la fuerza contra los débiles es el resultado de la propia debilidad. Cómo alguien puede creerse con derecho a decidir sobre la vida ajena, la violencia es el recurso de los cobardes», decía.

Me volví menos empática, me molestaban las quejas de Joan, me molestaban las quejas de los mayores porque la persona que yo más quería era joven y no superaría la enfermedad, la maldita medicina no tenía remedio para él. Era injusta mi reacción como lo era la pérdida.

Fue Livia quien, con infinita sabiduría, me indicó un camino en el que la vida y la muerte se superponen. Desde aquel momento quedaron entrelazadas nuestras vidas. Siento un cariño enorme por ella, y ese es el motivo por el que cuento esta historia, es el reconocimiento a su bondad y a la de todas aquellas personas que jamás renuncian a la vida por dura que sea. Hablaré de ella y de mí, de nosotras. Seré respetuosa como lo fue ella conmigo, no juzgaré ni una sola de sus decisiones, no tengo ningún derecho. Ojalá tampoco me juzguen a mí.